

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE NO OFICIAL.

CONFERENCIAS PREDICADAS EN NUESTRA SEÑORA DE PARIS, POR EL REVERENDO PADRE FELIX, JESUITA.

Conferencia III.

ERRORES SOBRE LAS RIQUEZAS.

El progreso indefinido de las riquezas es el progreso indefinido de los goces.

(Conclusion.)

Ved señores, la mision de la riqueza; la riqueza, adiccion de la felicidad; la riqueza, una cosa secundaria, una cosa del cuerpo. Pero vosotros habeis querido cambiar todo esto. ¡Habeis encontrado que la riqueza no estaba en su lugar; habeis encontrado que el cristianismo y Jesucristo tambien habian hecho injuria á la carne, y se lo habeis echado en cara, lo llamais la reaccion contra la materia y los sentidos, y habeis dicho al cuerpo: tambien tú tendrás tu porcion! Esto quiere decir: tambien á ti te toca reinar. Y el instrumento de tu reinado será la riqueza, y el resultado de la riqueza será gozar, gozar y siempre gozar. Y á este reino que lleva el anatema de Jesucristo, le habeis llamado el reino del Evangelio: y el reino mas antipático á Dios, que es espíritu, lo habeis llamado el reino de Dios; y á

esta sociedad, la mas fecunda en desastres, la habeis llamado la sociedad de los hijos de Dios. Nos la habeis mostrado en el horizonte del porvenir, y habeis dicho: «ahí está el paraíso.» Pues bien; haced, si Dios os lo permite, una sociedad tal como la habeis soñado en sueños, que yo consiento sin embargo en llamar generosos: hacedla grande, hacedla rica, hacedla magnífica, tan magnífica como aquella estatua de bronce, de plata y de oro que vió en sueños el rey de Babilonia; no como un presagio de prosperidad, advertidlo bien, sino como un presagio de ruina. Pero tened cuenta con ello! ¿en qué apoyais esa estatua, esa sociedad? ¿qué se necesitará para derribarla? Una piedrecilla que Dios envia (Dan., 11, 31), viene á romper sus pies de barro y á echar por tierra ese bronce, esa plata y ese oro hechos pedazos, con esa sociedad en que falta la vida, porque el espíritu está ahogado por la materia.

Ved, señores, sin desfigurar nada, los resultados que prepara ese grande error social: los grandes errores siempre producen grandes ruinas. Yo no debo desimularlo, señores; las sociedades impulsadas por ese inmoderado anhelo de riquezas, se hallan al borde de grandes abismos. Si; veo tres abismos que las arrastran: y voy á indicaros el primero.

Yo le llamo el abismo de los pen-

samientos populares. Qué quiere decir esto? Quiere decir; ese pensamiento que rebaja mas y mas cada dia al alma del pueblo, á saber que para ser dichoso es de absoluta necesidad ser rico. De esto la imposibilidad para las generaciones vivientes de aceptar la pobreza. Y yo os pregunto, ¿por qué la han de aceptar? ¿que! ¿cuándo todo en el siglo, la ciencia, la literatura, las ambiciones, las adoraciones parecen decir al pueblo; «la felicidad es la riqueza: con el oro todo lo tendrás, hasta la consideración, hasta el honor» ¿creéis acaso, que el pueblo se resigne á aceptar una pobreza, que en todas las ideas y realidades del siglo le desheredan de la felicidad comun? Le decís con todos vuestros discursos y vuestros libros, y lo que es todavía mas elocuente, por vuestras acciones diarias: «el todo del hombre consiste en ser rico» ¿y pretendéis que el pueblo se resigne á ver desde lejos los destellos de ese oro que le prohíben tocar las actuales realidades? no puede ser así, no será así.... El fondo de su turbado corazón arrojará en medio del siglo, como el enigma del dia, esta expresión formidable: ¿por qué ha de haber pobres? Trataréis de desviar el problema, pero el volverá á presentarse; le haréis desaparecer de la superficie, el volverá á subir, y subirá porque está en el fondo.... y si llega un hombre que diga: «haced una revolucion y todos seréis ricos» ¡ah!, si ese hombre llega á hacerse creer, estará en su mano el subvertir el orden de la sociedad.

A este primer abismo corresponde otro á que yo llamo abismo de los deseos populares. Señores, bien lo sabéis; lo que constituye la verdadera felicidad, y el verdadero contento de un pueblo, no es tal ó cual cantidad de oro, tal ó cual desarrollo en la prosperidad material; no: lo que constituye el verdadero reposo de un pueblo; es lo que llamaré la ecuación entre los deseos y las realidades de la vida, entre los deseos creados por la naturale-

za y los recursos creados por el trabajo. Turbad esta ecuación, y en el instante mismo comienzan los desórdenes. Y bien! yo digo que bajo la inspiración de la idea moderna, en el movimiento actual, es imposible que exista esta ecuación, no puede, no debe existir. El establecimiento radical de la ciencia moderna, es precisamente que la producción de la riqueza excite siempre nuevos deseos, y aun en el caso mismo de que todas las fuentes de la riqueza pública y de la riqueza privada, proporcionáran la abundancia en las familias y en los estados, no dirían, los pueblos «basta ya». No lo dirían; porque el pueblo mas afortunado materialmente es siempre como Sisifo; corre delante de él la pesada carga de sus deseos sobre el rudo y áspero camino del destino, y entonces cuando cree tocar la cima, se viene abajo arrastrando consigo, para destrozarle; el peso siempre creciente de los deseos no satisfechos de su alma irritada; murmura en el seno mismo de la abundancia; y en su interior, sino da gritos de rebelión, acaso dará gritos de matanza.

Ved ahora el segundo abismo. El tercero es mas profundo que los otros dos; es el que yo llamo abismo de las iniquidades populares. Escuchad, señores, la expresión que vaticina el destino de los pueblos como el de los hombres: «los que quieren hacerse ricos y siempre mas ricos, caen en las redes de Satanás; caen en esos multiplicados y desastrosos deseos que hunden á las almas en la perdición y en la muerte.» Ved, señores, un oráculo infalible, oigo decir todos los dias: «lo que ocasiona nuestros crímenes es la miseria!» Otros dicen, «el pecado es la miseria; destruid la miseria y no habrá pecado. La destrucción de la miseria es la reducción. Que venga el destructor de la miseria y le diremos: «vos sois el salvador.....» ¡Ah! señores, convengo en ello, la miseria, la exageración de la pobreza no la quiere Dios; es un desorden, es un origen de grandes cri-

menes; convengó en ello, y por esto entré otras razones, es por lo que el cristianismo trabaja con todas sus fuerzas en la destruccion de la miseria. Mas no lo olvidéis. Si el esceso de la pobreza ó de la miseria origina grandes crímenes, el esceso de la riqueza ocasiona otros mayores todavia; y cuando en una nacion viene esa tendencia preponderante de la riqueza á coincidir con la marcha descendente de la vida moral, entonces, señores, ha sonado la hora de las grandes iniquidades. Si, si, en el seno de esa sociedad que se embriaga con el vino de las prosperidades materiales, la avaricia, la concupiscencia, la ambicion, el culto del oro, producen monstruosos crímenes que mis labios no podrian pronunciar, ni escuchar vuestros corazones.

Asi es, señores, que yo no me asombro al escuchar los acentos de los profetas; ni me asombro de que Dios amenace con sus mas formidables castigos, no á los pueblos pobres, sino á las ciudades mas opulentas. «Hijo del hombre, escucha, prepara para llorar sobre Tiro, tus cantos mas lúgubres. ¡Oh Tiro? tu has dicho: «yo estoy radiante de belleza.» Yo te he visto en las delicias de tu paraiso y marchabas deslumbrando con el brillo de tus pedrerias; pero en medio del esplendor de tus riquezas, has perdido la sabiduria, tu seno se llenó de iniquidades» *repleta sunt interioria tua iniquitate; perdidisti sapientiam in decore tuo* (Ezech. XXVIII, 16 17.)

Y bien; ved lo que dice el Señor: «dentro de algun tiempo ya no existirás, y tus riquezas, y tu comercio, y tus comerciantes y tus navegantes, caerán contigo.» Y cosa notable, señores; estas amenazas que envia Dios á Tiro y á Babilonia, las envia á todas las grandes ciudades, que han puesto un dios de oro en los altares del verdadero Dios. ¿Qué digo? Oigo al último y al mayor de los profetas, al que sobre todos ha leído en el gran libro del porvenir, oigo á San Juan

que envia iguales amenazas á todas las Babilonias futuras. «Desgraciada! desgraciada! la gran ciudad que se vió cubierta de pedrerias, de oro, de plata y de piedras preciosas!.. Cayó la gran Babilonia! Cayó la gran Babilonia! y para hacerla caer no fué preciso mas que una hora, y los que asistieron á su ruina, pusieron la ceniza sobre su cabeza, y dijeron: ¡desgraciada la gran ciudad! Oid, señores, ¿por qué desgraciada? Desgraciada la gran ciudad en que todos los hombres se hicieron ricos *in qua divites facti sunt omnes*. Para perderla bastó una sola hora, *una hora desolata est*. Vease, señores, la gran profecia, Si! si! Esas sociedades que ruedan, que ruedan tambien sobre el magnifico carro de su prosperidad material, para perderlas, no se necesita de un siglo, una hora es suficiente; *una hora* (Apoc. XVIII, 19).

Señores, Dios nos libre de ver suspendidas sobre nosotros semejantes amenazas. No, señores, si nuestro mal es grande, tenemos un remedio mas grande todavia; si nuestras dificultades no tienen solucion humana, ellas tienen una solucion divina. Es inutil hacernos ilusiones: el mal está delante de nosotros, vivo del todo, y no pide mas que un remedio. «La esfinge, ha dicho alguno, la esfinge os mira, está delante de vosotros y os escita á descifrar el enigma.» Señores, yo se bien donde está en el remedio. Está en el corazon de Jesucristo. El enigma bien se donde está; está el pensamiento de cada uno, y si Dios me lo permite, yo os lo diré.

P. FÉLIX, JESUITA.

SENTENCIA DICTADA
CONTRA NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Publicamos la siguiente traduccion de una copia, que se tiene por literal, de la sentencia pronunciada por Pilatos contra el Redentor del mundo, de cuyo docu-

mento existe copia en el archivo de la Real Academia de la Historia. Esa bárbara sentencia, llena además de crueldad, de impropiedades y calumnias, ha llegado hasta nosotros á través de los siglos; y respetada de las vicisitudes de los tiempos, se halló en el año de 1380 una copia escrita en pergamino, en la ciudad de Aguila (reino de Nápoles). Dice así:

«El año XIX de Tiberio Cesar, emperador romano, de todo el mundo, monarca invencible, en la Olimpiada CXXI, y en la Eliada XXIV, y en la creacion del mundo, segun el número y compartimiento de los hebreos, cuatro veces mil ciento ochenta y siete y de la progenie del romano imperio el año LXXIII, y de la liberacion de la servidumbre de Babilonia el año MCCVII; siendo gobernador de la Judea; Quinto Servio, so el regimiento y gobierno de la ciudad de Hierusalem, presidente gratisimo Poncio Pilato; regente de la Baja Galilea, Herodes Antipa, Pontífice del sumo sacerdocio, Caiphás; Alis Almael magni del templo; Roban Anchabel, Franchino Centaurio, cónsules romanos, y de la ciudad de Hierusalem, Quinto Cornelio Sublima y Sexto Pompilio Rusto; en el mes de marzo, el dia 25 de él; Yo Poncio Pilato, aquí presidente del imperio romano, dentro del palacio del archiresidencia, juzgo, condeno y sentencio á muerte á Jesus, llamado de la plebe Cristo Nazareno, y de patria Galileo, hombre sedicioso de la ley moisená, contrario al grande Emperador Tiberio César. Determino y pronuncio por esta que su muerte sea en cruz, fijado con clavos á usanza de reos, porque aquí congregando y juntando muchos hombres ricos y pobres, no ha cesado en remover tumultos por toda la Judea, haciéndose hijo de Dios, Rey de Israel, con amenazarles la ruina de Hierusalem y del sacro templo, negando el tributo á César, habiendo tenido aún atrevimiento de entrar con ramos y triunfo, y con parte de la plebe dentro de la ciudad de

Hierusalem y en el sacro templo. Y mando que se lleve por la ciudad de Hierusalem á Jesucristo ligado y azotado, y que sea vestido de púrpura, y coronado de algunas espinas con la propia cruz en los hombros, para que sea ejemplo á todos los malhechores; y con él quiero sean llevados dos ladrones homicidas; y saldrán por la puerta Jargada, ahora Antoniana, y que se lleve á Jesus al público Monte de Justicia, llamado Calvario, donde él crucificado y muerto, quede el cuerpo en la cruz como espectáculo á todos los malvados, y que sobre la cruz sea puesto el título en tres lenguas; hebrea, griega y latina (*Jesus Nazarenus, Rex Judeorum*).

«Mando asimismo que ninguno de cualquier estado ó calidad se atreva temerariamente á impedir la tal justicia por mi mandada, administrada y ejecutada con todo rigor, segun los decretos y leyes romanas y hebreas, so pena de rebellion al imperio romano.—Testigos de la nuestra sentencia.—Por las doce tribus de Israel; Rabbain, Daniel, Rabbaim Joannim, Bonicar, Barbarsu, Labi, Petuculani.—Por los fariseos; Bulia, Simeon, Ronol, Rabbarni, Mondaani, Bóncurfossi.—Por los hebreos; Nitamberta.—Por el imperio y presidente de Roma, Lucio Sextilo, Amassio Chilio.»

—CHISEL—

RETRATO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO HECHO POR PUBLIUS LENTULUS, SIENDO GOBERNADOR DE JUDEA, EN CARTA ESCRITA AL SENADO ROMANO EN EL TIEMPO EN QUE LA FAMA DEL REDENTOR EMPEZABA Á ESPARCIRSE POR EL ÓRBE.

«Hay actualmente en Judea un hombre de una virtud singular, á quien llaman Jesucristo. Los bárbaros le creen profeta, pero sus sectarios le adoran como descendiente de los dioses inmortales. Resucita á los muertos y cura á los enfermos por medio de la palabra ó del tacto: es bien formado y de esta-

tura elevada: su aspecto es dulce y venerable; sus cabellos son de un color indefinible, cayendo en rizos hasta mas abajo de las orejas y esparciéndose con gracia sobre los hombros, estando divididos en la parte superior de la cabeza como los llevan los nazarenos. Su frente es alta y despejada, y sus mejillas solo tienen un sonrosado agradable. Su nariz y su boca están formadas con una regularidad admirable; su barba espesa, y de un color semejante al del pelo, tiene dos pulgadas de larga, y dividiéndose por la mitad, forma la figura de una horquilla. Sus ojos son brillantes, claros y serenos. Censura con majestad; exhorta con dulzura; cuando habla ó cuando se mueve, lo hace con elegancia y gravedad. Nunca se le ha visto reír, pero se le ha visto llorar con frecuencia. Es muy templado, modesto y juicioso. Es un hombre, en fin, que por su excelente belleza y por sus perfecciones divinas, supera á los hijos de los hombres.

CARTA-TESTIMONIO DE PILATOS A CLAUDIO
TIBERIO CESAR EMPERADOR SOBRE LA MUERTE
DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

«*Poncio Pilatos á Claudio Emperador,*
Salud:

«No ha mucho tiempo que se ha verificado un acontecimiento, el que ocasionó sin duda la envidia de los judíos, pero que bien puede decirse que con este motivo se han arruinado los judíos ellos por si mismos, y cuya perdicion cogerá á todos sus descendientes.

«Los judíos apoyados en las promesas hechas á sus mayores y confirmadas con milagros, esperaban que su Dios les enviaria por medio de una joven virgen á uno que con derecho se llamase Rey de ellos; este, pues, vino á la Judea estando yo presente.

Es público y notorio que este veni-

do restituia la vista á los ciegos, limpiaba á los leprosos y curaba á los paralíticos. Vieron tambien que ahuyentaba los demonios, y que libertó de espiritus inmundos á varios obreros, que tambien resucitó á muertos que yacian en sus sepulcros, que á él obedecian los vientos, que á pié junto pasaba los mares; hizo, en fin, otros muchísimos milagros, que ya el vulgo le llamaba entre los judíos y la plebe, Hijo de Dios.

«Los príncipes de los sacerdotes, ya por emulacion, ya por ambicion, ya, en fin, por un egoismo refinado, se declaran abiertamente enemigos del *tal* hasta el punto de prenderle y entregármelo en tal forma, haciéndole reo de crímenes, todos mentira.

«Apellidábanle, el *Mago*, destructor y contrariador de la ley de ellos, mas con tales suposiciones, yo fui seducido: dando oidas y crédito á sus que-rellas, le entregué á ellos mismos para que lo azotarán, y para que lo tratasen á su arbitrio.

«Crucificáronle, por último, poniendo centinelas en el lugar del sepulcro donde fué enterrado; por cierto que tambien se encontraban de guardia algunos de mis soldados, quienes vieron á este mismo levantarse de entre los muertos.

«La perfidia de los judíos llegó hasta este punto: repartieron una gran cantidad de dinero á los soldados mismos que estaban á la custodia del sepulcro con el objeto de que divulgasen como los discípulos del Crucificado consiguieron de noche y furtivamente extraer el cadáver.—Ello es cierto que los soldados recibieron el dinero; pero que, á pesar de esto, ellos públicamente atestiguaron la vision de los ángeles, y dijeron que verdaderamente aquel Jesus se levantó del sepulcro, que resucitó de entre los muertos.

«Estas cosas, pues, he escrito por si acaso alguno, seducido por los judíos, llegase á contar el caso de otra manera y le diera crédito.—*Vale.*

Sobre si es genuina esta carta, no hay inconveniente en asegurarlo, pues que no se encuentra en ella cosa que no sea verdad; y que como tal se ha referido por escritores antiquísimos, tales como Marcelo, discípulo de San Pedro, Tertuliano, Gerónimo, Eusebio, Martín, Sistolenense, y otros muchos escritores: además, nada de particular tiene que Pilatos diese cuenta al Emperador de un suceso tan notable, máxime cuando era costumbre que los procónsules y gobernadores de las provincias dieran parte al Emperador.—*Quidquid novi apud ipsos contigisset.*

(La Cruz.)

LA SEMANA SANTA EN ROMA.

No es dado al espíritu de los hombres encontrar las tradiciones de los pueblos, en los misterios inventados por la poética imaginación de los orientales ó por el supersticioso delirio de los habitantes del Norte, ceremonias tan patéticas ni tan sublimes como las celebradas por la piedad cristiana, cuando aparece la gran semana, que en la Sede del catolicismo apellidan los romanos con tanto amor, la *Santa*.

Todos oran en estos días tan solemnes, desde el Salvador, que es la víctima, hasta la tierra no ya velada de tinieblas. Desde Jerusalén hasta Roma; y desde Roma hasta la iglesia mas humilde, todo el universo en fin, hundiéndose en el polvo la altiva frente, se prosterna al pie de aquella cruz que le rescató, de aquel Calvario, cuya sangre humea todavía y del cual brota la vida eterna. Para contemplar la misteriosa semana en toda la magnificencia de su culto, para embriagarse en esa fé que sustenta y regocija al alma, es preciso asistir á la ciudad pontifical, desde que el domingo de Ramos abre el periodo á los padecimientos divinos.

No fué Roma á la verdad, por la que suspiró el profeta Jeremías aquella

poética lamentación en que lloran los caminos; porque no hay quien acuda á esas solemnidades. Si fuese Jeremías por fortuna testigo del religioso celo anual, si presenciase los cuatro días en que apura la iglesia el cáliz de la amargura, no exclamaría como en la época de su dolor:—«¿Como es que esta ciudad, llena de pueblo, descuelga en medio del desierto? La Señora de las naciones ha quedado viuda; la reina de las provincias no está sujeta al tributo, y de todos aquellos que le eran tan caros, ninguno se acerca á consolarla.»

Los tiempos han cambiado; y ya sea atraída por la curiosidad, ya por la devoción, lo cierto es que una muchedumbre inmensa se precipita en Roma desde todas partes del mundo, para tomar parte en la tristeza de la muerte de Cristo, ó en los gratos regocijos de la Pascua.

Apenas llega el miércoles Santo; se agolpa el pueblo á las triples columnas de San Pablo: los principes y los pobres, los artistas y los ignorantes, los ingleses herejes y las familias católicas, los rusos y los peregrinos que van á buscar la esperanza desde las crestas montañas ó desde el fondo de los valles, y á besar los pies del que predica la paz evangélica, todos se confunden allí por uno de los principales beneficios de la religion; todos aguardan que se abran á su impaciencia las puertas de la capilla Sixtina.—Ya han girado sobre sus goznes de metal; trémula la multitud penetra en el recinto y empiezan los tres días de misterio y muerte.

El guarda pálido de los búfalos de las ciénagas pontinas y el aldeano vecino del hediondo lago de la *Solfatarra*, medio cubiertos de piel de cabra ó de unos andrajos de sueño terciopelo; se hallan de manos á boca con el rico viajero y con la magistrosa dama, á quienes hacia poco siguieron con sus leonados ojos en la campaña romana, que contiene la poesía del desierto. Sobre las baldosas de la capilla consagrada en

el Vaticano, al esplendor de las festividades cristianas, no hay gerarquias; allí desahaparen, quedan en olvido las distancias sociales. No se vé otra cosa sino católicos que van á orar: poco despues resonando bajo la arqueada bóveda el *Miserere* con los austeros y planideros versículos de su salmodia, esplica y comenta aquella leccion de Santa igualdad que nos dá la iglesia. Allí cuando va cayendo la noche, cuando palideciendo el sol se aleja poco á poco de las admirables tintas que imprimió Miguel Angel á su *Juicio Final* y que legó Sigalon á la Francia como la mas noble herencia, vibra en los oidos un canto de muerte ó de arrepentimiento, una de esas plegarias, cuya dulce melodía solo comprende el alma. No se sabe de donde parten aquellos acentos: solo se oyen voces, ya suaves, ya formidables, que derraman en el corazón la penitencia ó el espanto. Cuando suspenden sus ecos, á cada lamentacion profética aquellas voces, que tan oprimidas debén estar á causa de las emociones que producen, se apaga una vela de cera amarilla, como en todos los templos donde se cantan las tinieblas; en seguida, á la dudosa claridad que las demas proyectan en las sombras apagándose sucesivamente, ven los ojos elevarse sobre las gradas del altar aquellas prodigiosas esculturas que el genio de Miguel Angel abortó cerca de ese Dios, que juzgará á las justicias de la tierra y esculdirá á Jerusalem hasta sus luces: ven asimismo cual se entrecubren los sepulcros y cual resucitan los muertos, trémulos de ventura ó pálidos de espanto para asistir á la eterna separacion de los buenos y los malos.

En tal momento, cuando el estupor y la admiracion se apoderan de los espíritus mas soeces, de las imaginaciones mas incapaces de comprender lo que es bello y sublime, ¿no debe recogerse todo el mundo en su conciencia? ¿no se halla presente todo el mundo con su pensamiento á ese tremendo juicio que el atrevido buril de Bour-

motti cinceló en la piedra, grabándolo para los siglos bajo los toscos y ardientes colgros de su paleta?

Poco despues se eleva el Santo Padre con sus vestidos de luto en medio de la noche que le circunda: su mano, que bendice de continuo, se tiende sobre la multitud, y entonces aquella multitud se retira con arrepentimiento en el corazón, con lágrimas y admiracion en los ojos, meditando en los sagrados misterios; luego se detiene en cada esquina, en cada casa, donde quiera se vé una imágen de Nuestra Señora; donde quiera se postran los cristianos á sus pies y no háy una sola voz en Roma que no se una de cerca ó de lejos á los *Pifferari* de la montaña. Al escuchar el melodioso canto de *E viva Maria*, creeria cualquiera que acabando el pueblo de asistir á la agonia del hijo, quiere, por decirlo así, consolar á la Madre, cuya alma vá á ser tan cruelmente traspasada, y cuyos ojos se verán inundados de tantas lágrimas.

El Jueves Santo se reviste la Iglesia de toda su pompa, se envuelve en todo su lujo para ofrecer el debido homenaje á la sangre del Redentor; el luto, los lamentos fúnebres, la tumba, todo desaparece entonces. Aquello es un glorioso prelude de la pascua, una resurreccion anticipada. Así es, que la muchedumbre en traje de fiesta asedia aquella misma capilla Sixtina, donde el dia antes, segun las palabras de Isaias, lloró todo su corazón. Humean los inciensos en torno del ara, como el dia en que saluda la iglesia con sus himnos de ventura al pesebre de Belen: el Papa está sobre su trono y comulga bajo las dos especies. Entonces se adelantan de dos en dos y por órden de antigüedad los cardenales, resplandecientes de oro y de púrpura, y se acercan como simples fieles al tabernáculo para poner en manos del celebrante el pan de vida que Jesucristo ofreció á sus discipulos. Escoltado desde allí por toda su corte, hiende el Soberano Pontifice las oleadas de cristianos puestos de kinosjos sobre

el pavimento de mármol del Vaticano, y va á depositar en procesion la hostia consagrada ante el sepulcro dispuesto para el Hombre-Dios en la capilla Paulina: trasladándose despues al fondo de una inmensa galería, se acerca á doce eclesiásticos pobres, trémulos todos bajo el peso de la edad. Sus manos, que tienen el supremo poder de atar y desatar en la tierra lo que será atado y desatado en el Cielo, lavan los pies de aquellos representantes de los Apóstoles.

A contar desde esta hora es cuando la Semana Santa despliega verdaderamente toda la magnificencia de sus dolores. No busqueis en ese pueblo tan susceptible de impresiones, tan apasionado y tan amante del bullicio, lo que compone su vida habitual; el pueblo romano ha desaparecido con sus fáciles costumbres y sus inspirados cantos; se desvanece ante esa cruz enlutada: está triste de la tristeza de la iglesia; llora como lloraban las santas mujeres al pie del Calvario. Cuando llegan las ceremonias, que no hay palabras para describir en el mas rico de los idiomas, cuando el silencio de sus *cuatrocientas campanas* le anuncia el viernes Santo, cuando Cristo muere en el suplicio, cuando espira en la cruz, entonces se vé á todo el pueblo identificado con el luto de la Iglesia. En el momento en que los cardenales agobiados bajo el peso de sus túnicas blancas y negras se arrastran de rodillas para adorar al Crucifijo, de quien son los primeros sacerdotes, en el momento en que el patriarca de Jerusalem circundado de sus obispos llega en nombre de la Judea decidida á sepultar en el polvo su frente, el pueblo que comprende y participa de aquella fé, colocado entre las columnas de mármol que sostienen la basilica, ora con los ojos, ora con los lábios, ora con el corazón.

Todo es allí cristiano, y las augustas magnificencias que ostenta en aquel día la metrópoli del mundo, y la tris-

teza de todas las almas son pruebas convincentes de esta verdad; mas al parecer de improviso suspendida de la cúpula de San Pedro, que parece bambolearse, la luminosa cruz, símbolo de muerte para el pueblo, ¡oh! entonces el pueblo sumergido poco antes en su silencio, se estremece de santo gozo. Aquella cruz, que á una señal dada inunda de luz la vasta basilica, como una de esas mágicas iluminaciones de que son teatro la bóveda de San Pedro y el castillo de *Santo Angelo*, aquella cruz revela todo el porvenir grabado en el sepulcro que sellaron los judios y que guardan cual si fuese una ciudadela. Los fúlgidos resplandores se proyectan en estatuas colocadas sobre las tumbas de los pontífices, que circundan la iglesia como una preciosa sábana. ¡Cuan pequeños son los hombres en el seno de las tinieblas de la vida á la vista de aquella gloriosa imágen del cristianismo! ¡Qué poca cabida tienen allí sus pensamientos de ambicion y sus delirios de fugaz ventura!

Al mismo tiempo que el Soberano Pontífice seguido del sacro colegio se prosternan ante aquella cruz, resuena en el templo el himno de todos los dolores, el cántico de muerte, el *Stabat Mater Dolorosa*, la elegia mas expresiva que ha salido de boca de los hombres.

(Se continuará.)

ANUNCIO.

En la oficina de la Administracion económica de esta diócesis de Toledo, se espnde la Guia del estado eclesiástico para el presente año de 1858, á 16 rs. cada ejemplar.

TOLEDO.

IMPRESA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,
CALLE ANCHA NUM. 34.